

M^A NIEVES MICHAVILA GÓMEZ

Voces desde el más allá de la historia



INCIPIT
EDITORES

María Nieves Michavila Gómez

Voces desde el más allá
de la historia

INCIPIT
EDITORES

© María Nieves Michavila Gómez, 2015

Fotografías: Archivo personal de la autora, Academia de Artillería de Segovia, Museo de Historia de Madrid

Incipit Editores, 2015
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel. 91 532 05 04
Fax 91 532 43 34

Voces desde el más allá de la historia

ISBN: 978-84-8198-931-1
Depósito legal: M-24163-2015
IBIC: BGR

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Para ti, mamá,
que no pudiste llegar a verlo.*

Índice

Introducción	11
Capítulo 1. ¿Fue asesinado el padre de Alfonso XII?	13
Capítulo 2. Antecedentes históricos de Federico Puig Romero	19
2.1. <i>Los presuntos abuelos paternos de Alfonso XII, Vicente Puig y Gertrudis Romero</i>	19
2.2. <i>Falsificación de la defunción de Vicente Puig</i>	23
2.3. <i>Embarazada y nombrada azafata de la reina</i>	27
2.4. <i>La hermosa viuda</i>	31
2.5. <i>Nuevas nupcias de Fernando VII y Gertrudis Romero</i>	34
2.6. <i>Pacto entre Fernando VII y Juan Guillelmi</i>	39
2.7. <i>Ahijada de Fernando VII</i>	42
2.8. <i>Caidos en desgracia</i>	44
2.9. <i>Funeral secreto de Gertrudis Romero</i>	51
2.10. <i>Venganza de ultratumba</i>	57
2.11. <i>Sumario a Antonio Puig por felicitar al rey</i>	62
2.12. <i>Falsificación del nacimiento de Federico Puig Romero</i>	63
2.13. <i>Resurgimiento de los Puig Romero</i>	67
Capítulo 3. Comienza el reinado de intrigas	71
Capítulo 4. Vínculos entre Federico Puig Romero y los Puigmoltó.....	75
Capítulo 5. La leyenda Puigmoltó.....	81
Capítulo 6. Borrado de huellas de Federico en la concepción del príncipe Alfonso	87
Capítulo 7. Cortina de humo sobre el affaire de 1856	91

Capítulo 8. Prim al rastro de los secretos de Isabel II	97
Capítulo 9. Hacia la revolución.....	103
Capítulo 10. El asesinato del coronel Puig: un asunto de estado	115
Capítulo 11. Pacto de silencio.....	125
Capítulo 12. Cerrado el caso del asesinato del coronel Puig.....	131
Capítulo 13. Coletazos del 22 de junio de 1866	137
Capítulo 14. Estertores del reinado de Isabel II.....	143
Capítulo 15. Los asesinatos de San Gil: hacia la primera república	153
Capítulo 16. Todos para uno y uno para todos	159
Capítulo 17. Alfonso XII, rey.....	163
Capítulo 18. La justicia de Alfonso XII.....	169
Capítulo 19. La versión del 22 de junio de 1866 de la Restauración.....	177
Capítulo 20. La ruptura de Federico Puig Romaguera con Alfonso XII	185
Capítulo 21. La corta vida de Alfonso XII	195
Capítulo 22. Los asesinatos del conde de Mirasol y del brigadier Velarde.....	203
Capítulo 23. La regente doña Virtudes.....	207
Capítulo 24. Reinado de Alfonso XIII	213
Capítulo 25. Últimos años de la monarquía	221
Capítulo 26. A mis hermanos Federico y Enrique Puig Romaguera (...) Vuestro hermano, el Rey	225
Epílogo.....	235
Fuentes manuscritas	237
Archivos en que se han obtenido las fuentes manuscritas citadas.....	245
Fuentes impresas	247
Bibliografía.....	249

Introducción

La reapertura del caso del asesinato del general Juan Prim y Prats coincidiendo con el bicentenario de su nacimiento en 2014 ha devuelto a la actualidad la etapa del siglo XIX en que este personaje cobró un gran protagonismo. El atentado que sufrió el 27 de diciembre de 1870 ha sido desde entonces objeto de múltiples especulaciones que continúan en nuestros días gracias a los avances científicos en que incluso se llega a plantear la posibilidad de que fuera estrangulado y que no llegó a practicársele autopsia pese a lo informado en el sumario, que apiló innumerables folios y en el que se halla involucrado entre otros el general Francisco Serrano y Domínguez, principal beneficiado de su muerte.

Se ha publicado mucho acerca de las consecuencias políticas de su asesinato, que en realidad no fueron tantas y del calibre que las producidas por las circunstancias de la muerte de alguien desconocido en la historia en cuyo asesinato se halla involucrado el general Prim, algo totalmente inédito que se va a desvelar en esta obra. El asesinato de este personaje se produjo cuatro años antes que el del general Prim y de este se conserva en el museo Específico de la Academia de Artillería un retrato catalogado con el número 5886, que contiene las mismas cifras de 5868, con que fue catalogada por el museo del Ejército la berlina en que fue atacado el general Prim en 1870. Una macabra coincidencia.

La salida de España de Isabel II en 1868 dio paso a la nueva monarquía de Amadeo de Saboya, monarca electo por el nuevo régimen de gobierno al que acudía a recibir el general Prim cuando se produjo el atentado. Con este nuevo monarca se cerraba la posibilidad de ocupar el trono a la hermana de Isabel II, Luisa Fernanda, cuyo marido, Antonio de Orleans, duque de Montpensier, es considerado uno de los posibles autores intelectuales del atentado contra el general Prim y financiador de la revolución, que finalmente no le llevó al lugar que esperaba ocupar.

Del atentado contra Prim quedaron especificados claramente el lugar y circunstancias y se indicaron los nombres de algunos sospechosos pero pese al voluminoso sumario que permaneció abierto durante años, terminó sobreseyéndose al poco de anunciarse la boda de Alfonso XII con la hija del duque de Montpensier, al no haberse logrado determinar la autoría y quedar todo en especulaciones.

¿Qué diría la opinión pública si el sumario se hubiese cerrado en quince días sin que se hubiera llegado a esclarecer siquiera la escena del crimen y participando en el encubrimiento de este asesinato los más altos representantes del estado, no solo de aquella época, sino del entorno del mismísimo general Francisco Franco en sus años de dictadura preparatoria del nuevo monarca Borbón que planeó imponer a España como continuador de su régimen cuando él desapareciera? Sin duda, se escandalizaría y se preguntaría qué razón de peso hay en ello. Es esto lo que se plantea esta obra con el asesinato no resuelto del coronel de artillería Federico Puig Romero, protagonista de esta historia. Y puede afirmarse que se trata de un asesinato de estado, al participar este en su encubrimiento. En la falsificación de las circunstancias de su asesinato toma parte incluso el preceptor del ex monarca Juan Carlos de Borbón, cuyo tatarabuelo, el padre de Alfonso XII, ha sido considerado por una inmensa mayoría de autores como el oficial de ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans.

Capítulo 1

¿Fue asesinado el padre de Alfonso XII?

El testimonio de mi abuela Concepción quedó impregnado en mi memoria infantil cuando escuchaba fascinada aquellas historias de una familia con tantos sirvientes, peinadoras y amas de cría, nunca suficientes para los veintidós hijos que dio a luz mi bisabuela. Mi abuela nació en 1893 y fue de las últimas de la saga. Su memoria prodigiosa no omitía un detalle acerca de las viviendas que habitaron, ni de las fechas de tantas muertes que tuvo que vivir entre sus hermanos, llorando siempre al evocarlo. En pleno régimen franquista y apartada de mi España natal quedaban muy diluidas sus descripciones acerca de su abuelo militar relacionado con la reina Isabel II. Bien lejos quedaban aquellas épocas de reyes, ya caducos en España desde el exilio de Alfonso XIII y proclamación de la segunda república, el 14 de abril de 1931, aunque finalmente reimplantados en España por el dictador Franco cuando yo tenía once años.

Me atraía poderosamente conocer los pormenores de una época tan distinta a los tiempos en que nos desenvolvíamos. Oír hablar de trajes hasta el suelo, coches de caballos, bigoterías, rapé, salidas diarias al teatro, cine mudo... era adentrarse en un túnel del tiempo. Mi curiosidad insaciable intentaba retener todo y hacía más preguntas, que mi abuela nunca dejaba de responder, incluso con la amargura que le producía recordar la espada de Damocles de la familia: la omnipresente tuberculosis que tanto estrago causó entre sus hermanos. La tisis, como ella decía, atacó a casi todos sus hermanos varones que superaron la alta mortandad infantil del siglo XIX —tan solo ocho de los veintidós hermanos alcanzaron la vida adulta.

Todo el énfasis que ponía mi abuela en sus relatos de familia se trocaba en vehemencia cuando pasaba al episodio más estremecedor de la vida de su padre. Como lo sería para cualquiera haber sido testigo del asesinato de su progenitor y temer por su vida también. Así fue la dura experiencia vivida en aquella jornada

infernado que sin duda fue para mi bisabuelo, su hermano y la madre de ambos el día 22 de junio de 1866. Por este capítulo de la historia se suele pasar de puntillas, hablándose únicamente de la caída de Isabel II en septiembre de 1868. Pero fue el 22 de junio de 1866 el punto neurálgico para echar a rodar el trono. La onda expansiva del asesinato de mi tatarabuelo y los oficiales de artillería que compartieron tan fatal destino fue el detonante del surgimiento de la primera república, el 11 de febrero de 1873, al producirse la dimisión del rey Amadeo de Saboya tras firmar el decreto de disolución del cuerpo de artillería. Dicho cuerpo, en un acto de honor, no había dudado en dimitir en masa por sus compañeros vilmente asesinados. Todo esto entonces yo no lo sabía, y mi conocimiento de aquel funesto día se basaba en la rememoración vívida de mi abuela, cuya versión únicamente podía provenir de testigos directos. ¿Qué mejores testigos que quienes estuvieron allí?

Me estremecía el modo en que se había producido el asesinato de mi tatarabuelo. Mi abuela repetía su relato una y otra vez a quien quisiera escucharla, con una necesidad enorme de que no se perdiera, de que se captara la gravedad de estos acontecimientos. Su narración contiene unos puntos clave y no todos los detalles que ahora supondrían tanto para mí. Entonces era una descripción de hechos pasados que se le habían transmitido a mi abuela. Y era que su abuelo, Federico Puig, había sido asesinado en *la rebelión de los sargentos*. Al oírla, de niña imaginaba que en esos tiempos cosas de este tipo eran normales. Más adelante descubriría que aquello era un hito en la historia, algo insólito, igual que lo sería en nuestros días, e incluso más, como lo demostraron las reacciones de indignación de un cuerpo de élite distinguido por su ilustración, donde era inadmisibles un acto salvaje de estas características.

Según refería mi abuela, los sargentos habían ido a buscar a su abuelo a su casa y le dispararon sin que este pudiera defenderse. A pesar de ello, alguno de esos sargentos mostró cierta humanidad, pues contaba mi abuela que cuando le iban a dar el tiro de gracia, uno de ellos dijo: “No, porque ha sido muy bueno con nosotros”. No comprendía una actitud tan contradictoria. Otro detalle referido por mi abuela es que el asistente de Federico Puig cerró el paso a los sargentos protegiendo con su vida la puerta tras la que se hallaban los hijos de su coronel —mi bisabuelo Federico y su hermano Enrique, que entonces tenían trece y diez años— junto a su madre. Gritó: “¡Tendréis que matarme a mí primero!” Mi bisabuelo, hermano y madre, lograron salvar la vida, habiendo vivido tras esa puerta el dolor por la muerte de aquel ser querido y sintiendo pánico por sí mismos. Una experiencia como esa se graba para siempre.

Proseguía mi abuela con la entrevista que mantuvieron la viuda y huérfanos con la reina Isabel II, que les hizo una serie de concesiones extraordinarias, tanto



Tomada en 1866, en Madrid, poco antes de ser asesinado Federico Puig Romero en el cuartel de San Gil. Está con su esposa Amalia Romaguera Giner y sus hijos, Federico, el mayor, de 13 años, y Enrique, de 10.



Cuartel de San Gil en 1866. Autor: Evaristo Casariego. Ayuntamiento de Madrid. Museo de Historia.

de pensión a la viuda como a los huérfanos. Al mayor le hizo alférez con sueldo ingresando directamente en la academia de artillería, y al menor, cuando alcanzara la edad necesaria, se le reservaba una plaza pensionada en dicha academia de artillería.

El ímpetu que puso mi abuela en propagar esta historia contrasta con el desinterés general de sus hermanos y el mutismo total de su padre, que se llevó sus secretos a la tumba. Sin embargo, mi abuela tuvo oportunidad de saber algo más a través del otro niño testigo del asesinato. Detallaba entusiasmada su viaje a Madrid, cuando se casó su tío Enrique, tardíamente, en 1916. A diferencia del padre de mi abuela, militar retirado a los veinticuatro, Enrique Puig había seguido una brillante carrera militar, llegando a general de brigada, y quizá por ello sin tiempo para casarse hasta los cincuenta y nueve. Por entonces ya estaba en la reserva, y en aquellos días con sus sobrinas atendería sin duda a satisfacer la curiosidad de mi abuela.

Mi bisabuelo, que nunca quería hablar de su padre, se limitaba a citar el elevado rango de la familia materna, cuando como luego descubrí, en la rama de su padre había mucho pasado en las altas esferas. ¿Por qué iba a ocultar mi bisabuelo que su abuela paterna había sido azafata de la reina María Isabel de Braganza, y que Fernando VII fue el padrino de bautizo de una hermana de su padre? El marido de la hermana mayor de mi abuela se preguntaba, al descubrir por su cuenta el retrato de Federico Puig Romero en el museo del Ejército, cómo era posible que su suegro jamás mencionase algo tan importante acerca de su padre y rehusase tocar ese tema indefectiblemente. Algo había en aquel silencio que superaba toda lógica y que probablemente estaba relacionado con su solicitud de licencia absoluta en junio de 1877, cuando se cumplía el onceavo aniversario de la muerte de su padre. Algo tan secreto y ominoso que había que ocultar a toda costa.

Mi abuela enviudó en 1950 y al contraer matrimonio mi madre en noviembre de 1953 se fue a vivir con ella, permaneciendo con nosotros hasta su muerte, en 1988. De ahí que su testimonio nunca se perdiera, dado su tenaz empeño en no dejarlo desaparecer pese al tiempo transcurrido, aferrándose a sus recuerdos de los tiempos de esplendor y a sus más queridos afectos hacia sus padres y hermanos.

Habrían de transcurrir trece años desde su fallecimiento para que se dieran las circunstancias que me llevaron a indagar en el asesinato de Federico Puig Romero tantas veces referido por mi abuela. El asesinato seguía sin resolver y las contradicciones que fui hallando con falsedades comprobadas publicadas en libros firmados por historiadores me llevaron a investigar hasta llegar a la raíz de esta necesidad de ocultar las auténticas circunstancias de su muerte desde lo más alto del poder. Ahondando en ello descubrí mucho más de lo que imaginaba: un estrecho vínculo entre Fernando VII, padre de Isabel II, y la madre de Federico Puig Romero.

Pero aún faltaba más. Al buscar información en la tradición oral entre los descendientes que quedaban de Federico Puig Romaguera, a una de ellas le constaba que la paternidad de Alfonso XII, hijo de Isabel II, correspondía a Federico Puig Romero. Lo probaba la existencia de una carta dirigida a Federico y Enrique Puig Romaguera firmada por *Vuestro hermano, El Rey*. Esta carta estuvo en manos de Carmen, hermana de mi abuela, la cual vivió con su padre hasta la muerte de este. Obtuve de la única superviviente de sus hijos el testimonio de haber visto cuando era niña a su madre enseñando este documento. Bastantes años después ratifiqué esta información mediante el testimonio de Elena, hija de Rafael, otro hijo de Federico Puig Romaguera. La fuente de Elena había sido una hermana mayor de la que me reveló esta información, y Elena había hablado de esto con ella muchos años atrás, cuando yo aún ni me planteaba este tema.

Había llegado la hora de iniciar una investigación seria que comprobara o desmintiera esta tesis acerca de la paternidad de Alfonso XII correspondiente a Federico Puig Romero, no tanto por este hecho que de ser cierto no pasaría de lo anecdótico si nos atenemos a lo rutinario de la existencia de los denominados *validos* de la historia que a nadie han escandalizado. Lo relevante para mí en esta investigación fue llegar al fondo del asesinato sin resolver de Federico Puig Romero que lleva al inevitable interrogante de si dicho asesinato tuvo relación con la presunta paternidad de Alfonso XII. Para responder a ello habrá que adentrarse en la vida de este desconocido oficial Puig cuya relación con la reina Isabel II traspasó los límites de una jornada sangrienta que marcó un antes y un después en la monarquía española.